

BREVES CONSIDERACIONES SOBRE LA NUEVA GRANADA DESPUES DE BOYACA

(Conferencia del Sr. Estanislao Gómez Barrientos, por designación de la Junta del Centenario, leída en la Universidad de Antioquia, en la noche del 11 de Agosto.)

Sr. Director General de Instrucción Pública, Señoras y Caballeros:

“Empecemos por *Antioquia*.

Esta región de la Nueva Granada estaba en Agosto de 1819 dominada por las armas del Rey de España y tenía por Gobernador al Coronel D. Carlos Tolrá, probablemente catalán o aragonés, sujeto de aspecto robusto y caballeresco, según un retrato suyo que existe en el Museo de Zea, y de quien la Historia no ha señalado ningún hecho comprobado indicativo de crueldad o tiranía.

D. Carlos estaba casado con una hija de este suelo, la Sra. Juliana Rendón, natural de Rionegro e hija de un español, D. Diego López de Rendón y de D^a María Campuzano y González, y de ella sólo tuvo una hija, Ramona, nacida en Medellín después de la salida de su padre, y a quien éste no conoció sino al cabo de 16 años, cuando madre e hija pudieron trasladarse a la Península.

¿Cómo se conoció aquí la derrota de la causa realista en Boyacá?

—Sobre esto han corrido varias versiones, todas verosímiles. Según el relato de D. Juan Crisóstomo Campuzano, una tarde del mes de Agosto estaba él con otros jóvenes de la ciudad de Rionegro ensayando una maestría en los llanos de Malpaso, cuando se le ordenó venir a Medellín a comunicar al Gobernador Tolrá una boleta enviada de Nare por el español D. Pedro Sáenz, referente al triunfo de Bolívar en Boyacá. Inmediatamente dirigióse a Medellín, a donde llegó unas tres horas después. Mientras la señora de Tolrá le preparaba la merienda al mensajero, que era su tío, el Gobernador estaba

preparando su equipaje para la fuga y aquella misma noche emprendió la marcha. 'Tan espantado estaba con la noticia de la huída del Virrey de Santafé', dice el historiador Restrepo, que sin tardanza abandonó su gobernación retirándose a la ciudad de Zaragoza, límite septentrional de la Provincia, a donde le siguieron todos los españoles europeos y americanos realistas, acompañados sólo de 30 soldados, pues otra compañía veterana quedó cortada por el movimiento insurreccional de los patriotas.

El Sr. Pbro. Ulpiano Ramírez Urrea en su libro 'Marinilla y el Sr. Jiménez', página 22, atribuye a los marinillos, encabezados por tres sacerdotes meritísimos, los Dres. Jorge Ramón de Posada, Francisco Javier y Ramón Gómez, el haber establecido un cordón de postas entre la ciudad de Mariquita y Marinilla, al través de la montaña de Aquitania y Cocorná, medio por el cual conocieron ellos el desastre de los españoles en Boyacá y refiere los ardides de que se valieron los próceres de Marinilla para desconcertar a Villalobos, Comandante de la tropa realista estacionada allí.

Y según D. Alejandro Barrientos, académico de la Historia, muy erudito en asuntos de la tradición, aquella noticia tan interesante para todos los adictos a la causa de la Patria, fue traída a Sonsón por uno de los antioqueños que lidiaron en Boyacá, D. Félix Suárez, sargento entonces, y después ya con el grado de subteniente encargado de la disciplina del Batallón Antioquia y luego estuvo en la acción de Chorros Blancos.

Tratándose, pues, de un hecho de tanta trascendencia, de tanta importancia para los partidarios de la Independencia, que eran numerosos en tierra de Antioquia, ya es de suponerse que esa plausible noticia cundiría con celeridad por diferentes conductos, y de que en estas montañas la opinión pública se mostraba entusiasta en tal sentido, parece que no debe quedar duda, si se advierte que el Clero en general la favorecía, que según lo afirmó muchos años después el ilustre historiador Restrepo, en una carta al eximio literato y adalid del Catolicismo D. José Joaquín Ortiz, de unos sesenta sacerdotes que había en la Provincia, eran casi todos, y sobre todo los más influyentes, amigos de la causa independiente, y si acaso

otros no lo eran, no pasarían de diez, y éstos supieron mostrarse moderados y prudentes. (1)

Efectos inmediatos de la derrota de Boyacá.

A poco de haber entrado Bolívar a la capital del Virreinato, dictó providencias para el envío de expediciones encargadas de despejar el campo en las provincias donde existían elementos de resistencia, y por el momento quedaron en libertad la mayor parte de las comprendidas en el territorio incorporado en los actuales Departamentos de Boyacá, Cundinamarca, Huila, Tolima, Antioquia, y parte de los de Santander. La expedición de Antioquia, constante de poco más de 60 hombres, la mayor parte prisioneros realistas capturados en Boyacá, vino al mando de un joven antioqueño, como de 19 años de edad, el Teniente Coronel José María Córdoba.

¿Por dónde penetró Córdoba a la Provincia?

—No lo dice el historiador Restrepo, la persona mejor informada de aquel tiempo; pero según nos lo refirió, por los años de 1880, un sujeto muy amante de la Historia Patria, estudioso y verídico a carta cabal, el Dr. Joaquín Emilio Gómez, quien en 1819 tenía doce años cumplidos, "Córdoba vino a la Provincia, a la cabeza de sus 63 hombres, atravesando la montaña de Honda a Sonsón".

Esta afirmación puede armonizarse perfectamente con lo aseverado por el Sr. Pbro. Ramírez Urrea en su monografía dicha, de que Córdoba se dirigió a Marinilla, lo cual pudo hacer dando un rodeo por la montaña de Aquitania a Cocorná, y ¿por qué no preferir el transporte por el Magdalena a Nare, como les ha parecido a otros más natural?—En nuestro concepto, porque estando en Honda debió saber que el Virrey y todos los demás emigrados atraparon todos, o casi todos los bongos y champanes disponibles, para su pronta traslación a la Costa, y por otra parte en ese momento no sería fácil saber en Honda si había o no seguridad en el trayecto a Nare.

Antes de la llegada de Córdoba a Marinilla los mag-

(1) Entre los sacerdotes antioqueños más distinguidos por sus servicios a la Patria, contábanse los Dres. Lucio de Villa y Tirado, José Miguel de la Calle, Jorge Ramón de Posada y los Pbro. José Miguel Mejía Vallejo, Juan Francisco Vélez, Joaquín de Escobar y Francisco Javier Gómez.

nates del lugar se habían complacido en pintarle al Comandante Villalobos lo numeroso de la expedición que venía sobre Antioquia, y para impresionarlo más, ya le hacían creer que ésta venía por Nare, ya por Cocorná.

Según el historiador Restrepo, la proclamación de la libertad e independencia de Antioquia se hizo en la Provincia el 30 de Agosto con el mayor entusiasmo.

¿Por dónde entró Córdoba al valle de Medellín?

Aunque él se había valido de la estratagema de enviar posta a Yolombó en solicitud de trescientas caballerías y enorme cantidad de vituallas para su expedición, como si ésta fuese de varios millares, lo probable es que bajase a Copacabana por la vía de Guarne, lugar por donde menos se le esperaba, y esa noche durmió él en Hatoviejo, en casa de D. Enrique Barrientos.

Muy de mañana hallábase un vecino de Medellín, D. Juan J. Santamaría, al amanecer, en la acera de su casa, esquina del cruce de las calles de Colombia y Palacé, y fijó la atención en un mozo gallardo, pero de aspecto friolento y mal trajado que estaba a pocos pasos, como sin saber qué rumbo tomar. Inmediatamente le metió conversación para averiguar lo relativo a su procedencia, objeto de su venida y demás circunstancias, y como D. Juan era obsequioso y afable, lo invitó a subir al balcón de su casa, a tomar una taza de chocolate con pan y queso, y observando que el recién llegado no tenía camisa, le obsequió con una, tomada del ropero de un hijo suyo, D. Alejo.

—Bueno, amigo, le dijo D. Juan a su interlocutor ¿pero dónde está ya la expedición republicana?

—Véala usted allí en la Plaza (y le señaló un grupo de expedicionarios de aspecto enfermizo y harapiento.)

—Pero si yo creía.....

—No, señor, es que no hay más gente, pero guárdeme el secreto. Así replicó Córdoba.

Al medio día, ya el novel amo de la Provincia había reunido en el local del Cabildo a los magnates de la Villa (de la Candelaria), que así se denominaba el villorrio y hoy la capital del actual Departamento de Antioquia, que tanto se ufana ahora con su adelanto y desarrollo, y no

lucron pocos la admiración y gusto de D. Juan Santamaría al oír la arenga breve y enérgica que les dirigió el muchacho sin camisa con quien había trabado conocimiento por la mañana. Les habló de las necesidades y esperanzas de la Patria, que tantos bríos estaba desplegando desde los encuentros del Pantano de Vargas, Bonza, Paipa y Hoyacá; del proyecto de organizar fuerzas suficientes y del necesario vestuario y equipo y de abrir la bolsa para cooperar sin tardanza al buen éxito y a las elevadas miras del Libertador Bolívar hasta completar la obra grandiosa de la emancipación del Nuevo Reino.

Una de las primeras disposiciones del Comandante Córdoba, según el historiador Restrepo, fue el envío de una expedición de cincuenta hombres bajo el mando del capitán Juan María Gómez, a libertar la provincia del Chocó, cuyo Gobernador D. Juan Aguirre les dejó libre el paso sin hacer resistencia.

Marinilla, ¿ cómo cooperó a la independencia ?

Con brío, decisión y entusiasmo. Así lo rezan los documentos citados por el Sr. Pbro. Ramírez Urrea en su monografía dicha. En efecto, cuando Córdoba estaba en Blonegro organizando uno de los batallones, recibió el apoyo eficaz del vecindario de Marinilla, y hallándose luego en Barbosa (25 de Enero de 1820) escribió al Comandante de aquella plaza:

Que Marinilla había hecho a la República los mejores servicios y que al lado suyo moriría él antes que retirarse. Y el 30 añadió: "Es verdad que toda Marinilla es entusiasta por la libertad; es pueblo de un valor singular, y por el cual, en todo caso, haré los mayores sacrificios".

Más tarde cuando Córdoba se preparaba para enfrentarse con las fuerzas del realista Warleta en el campo de Chorros-Blancos, le escribió a su amigo el Sr. Pbro. y Dr. Posada, que al salir de su enfermedad se había exaltado al ver el patriotismo (del Dr. Posada) y de su pueblo. Le daba las gracias en nombre de la República, y le advertía que estando él (Córdoba) "con las tropas veteranas y con los milicianos voluntarios y valientes de Marinilla neutralizarían los españoles para entenderse con él atacarlo con dos mil hombres".

Por parte del Gobernador de la Provincia, Dr. José Manuel Restrepo, les manifestó al Cura Párroco y a los Jefes civiles y militares de Marinilla (el 4 de Febrero), con referencia al esfuerzo militar de aquel pueblo, que el Gobierno estaba plenamente satisfecho de "la actividad, patriotismo y energía empleados por ese vecindario, verdaderamente republicano".

En Chorros-Blancos, sitio no lejano de Yarumal, hacia el Oriente, encontráronse las fuerzas de Córdoba con las del español comandadas por el Coronel D. Francisco Warleta, y habiendo quedado vencedoras las primeras, se despejó lo suficiente el norte de Antioquia para facilitar las operaciones que Córdoba emprendió por el Nechí, hacia la Costa Atlántica.

Lo difícil en aquellas circunstancias era conseguir embarcaciones, como lo refiere el historiador Restrepo, mas habiendo acopiado Córdoba en Zaragoza algunas barquetas, bajó en ellas hasta la boca de Nechí (punto de confluencia con el Cauca) e iluminándolas por la noche, esto le sugirió al enemigo la idea de que iba a ser acometido (Restrepo, tomo III, página 34) Abandonada por los realistas aquella ventajosa posición, quedó por Córdoba el territorio de la ribera del Cauca, desde Cáceres, donde halló embarcaciones que le permitieron bajar el río.

Envió como exploradora una tropa de cuarenta soldados y veinticinco paisanos, que hacían de bogas, guiados por el teniente Manuel Dimas del Corral y por el subteniente Salvador Córdoba, jóvenes intrépidos que asaltaron a los españoles en Majagual, pueblo de la ribera, arrebatándoles al Comandante, la oficialidad, más de 60 soldados, tres buques de guerra y todo el armamento. Esta ventaja facilitó el triunfo de Córdoba en Tenerife y quedando despejadas las riberas del Magdalena, permitió a los independientes acercar tropas a la plaza de Cartagena, donde dominaban los españoles bajo el mando del Brigadier D. Gabriel de Torres, quien al cabo del sitio hubo de capitular con el Gral. Montilla.

Para las operaciones de la campaña del Bajo Cauca y el Magdalena y la del sitio de Cartagena fueron muy útiles e importantes los servicios de los dos batallones "Antioquia" y "Girardot", organizados en Rionegro y

Medellín, en cuya oficialidad figuraron muchos jóvenes pertenecientes a familias conocidas de los valles de Medellín, Rionegro, Marinilla y sus alrededores, entre ellos Juan Nepomuceno Jiménez, calificado en sus campañas de 1860 por D. Julio Arboleda de "Néstor granadino"; Braulio Henao, Juan Antonio Gómez, Isidoro Barrientos, Manuel Dimas del Corral, Salvador Córdoba, Joaquín Montoya, Ramón Jiménez, Benedicto González, Gabriel María Gómez, Luis Restrepo Escobar, Fernando Escobar, Francisco Giraldo Arias (ayudante de Córdoba), Bernardo Posada, Pioquinto Gómez, Miguel Hoyos, José Antonio Ramírez, Leandro Pérez y Félix Suárez.

Heroínas de la Independencia.

Podrían figurar con honra en ese escalafón las señoras marinillas que apunta el Presbítero Ramírez Urrea (página 35): llamábanse María del Rosario Ossa de Gómez, Simona Duque de Alzate, la que ofrendó a la Patria cinco de sus hijos y por eso se la llamó "la madre de los Gracos antioqueños"; Rosalía Hoyos de Ramírez y Margarita Urrea de Hoyos, quien acompañó a su esposo, el oficial Modesto de Hoyos, en arduas y penosas campañas, y ya prisionero de Sámano, logró escaparle de sus garras.

Consecuencias de la Batalla de Boyacá.

Este tema de estudio fue señalado a varios alumnos de la Universidad de Antioquia. ¿Cómo lo habrán desarrollado?—No lo sé—Mas si yo me hubiera hallado en ese caso, quizá me habría atrevido a discurrir de esta manera:

Además de lo dicho sobre las consecuencias inmediatas de Boyacá, echemos un vistazo a la sucesión de los acontecimientos militares y civiles que más importancia tuvieron en la fundación de la República de Colombia, sin olvidar las hazañas de muchos de sus adalides y las debenciones y trastornos que más contribuyeron a la caída del nuevo Estado.

El Libertador, a poco de su entrada a Santafé, dirigióse de nuevo al Norte de la Nueva Granada, atravesando los valles de Cúcuta, donde años atrás había tenido que medir sus armas con las del eminente Brigadier

D. Ramón Correa, uno de los dignatarios del famoso tratado de Trujillo (26 de Noviembre de 1820) sobre regularización de la guerra y abuelo materno del egregio Ingeniero y empresario Francisco Javier Cisneros—hoy de tan grato recuerdo en Antioquia—(1); fuese a las bocas del Orinoco a reunir el simulacro de Congreso de Angostura, que formuló el plan de creación de la República de Colombia, e intervino en numerosas operaciones militares, primero en Venezuela, hasta obtener el triunfo memorable de Carabobo; y luego se dirigió al Sur del Cauca para combatir al español en Jenoy y en Bomboná y tratar de vencer la obstinada resistencia que en las escarpadas faldas del Juanambú y el Guátara le opuso un digno compatriota de D. Pelayo, el Coronel D. Basilio García; y como al propio tiempo ya el Istmo de Panamá se había incorporado con Colombia y las fuerzas de la Independencia empezaron a navegar en el Pacífico y a echar el ancla en el litoral ecuatoriano, esto facilitó al valeroso, tesorero y circunspecto General Sucre la organización de la campaña que culminó en la victoria de Pichincha (1822).

Y entre tanto ¿en qué ejercitaba el General Santander sus facultades?

—Este inteligente y enérgico hombre de Estado ocupábase en el centro de la Nueva Granada, con la cooperación de su gran Ministro D. José Manuel Restrepo, que era sesudo, laborioso y perseverante, en una labor activa y sostenida, concretada principalmente a la preparación de elementos destinados a la organización, provisión y movilización de los ejércitos, ramo en que muy eficazmente trabajó el General Carlos Soublotte, Secretario de Guerra y Marina y años adelante Presidente de Venezuela; en allegar recursos donde eran de difícil consecución, obra en la cual, según él mismo lo reconoció en carta al Libertador, le fueron muy eficaces los importantes servicios de la Provincia de Antioquia, tanto en soldados como en di-

(1) Hablando el Sr. Cisneros con la Sra. Vásquez de Villa, le dijo: D^a Pastora: mi madre era hija del Brigadier Correa, y me parece que a esa circunstancia le debo gran parte de la energía que Dios me dio.

Acerca del Brigadier Correa refiere D. Luis Febres Cordero, en su interesante monografía sobre *el antiguo Cúcuta*, que el Libertador Bolívar era hermano de leche de la esposa de Correa (página 168).

nero..... en procurar la organización del gobierno civil, hasta donde era dable de conformidad con los principios un poco idealistas y quiméricos consignados en la Constitución de 1821, estatuida por el Congreso Constituyente instalado en el Rosario de Cúcuta, corporación en que, como en la generalidad de las de aquella época, abundaban los utopistas de buena fe embebidos en las teorías *rusojanas* y en las de la Convención francesa, teorías incompatibles con el estado de atraso, de pobreza e incomunicación de las diferentes secciones de aquel dilatado territorio y compuesto de provincias de costumbres tan extrañas unas a otras, como la Guayana y el Azuay, Popayán y Caracas, Antioquia y Maracaibo; ocupábase también el Vicepresidente Santander en facilitar las relaciones internacionales y en dar impulso al plan de Instrucción Pública, a la medida de los escasos recursos del Erario y de la escasez de profesores competentes.

Y en cuanto al acariciado Estatuto de Cúcuta, imposible habría sido para sus autores sospechar que su vida sería sobrado achacosa y efímera, más en compensación verían desarrollarse una serie de acontecimientos laboriosa y pacientemente combinados que hizo factible la marcha de los colombianos a la tierra de los Incas y preparó, después de la penosa estadía del Libertador en Pativilca, la victoria de Junín (1.º de Abril de 1824) y otra todavía más importante y decisiva, la de Ayacucho (9 de Diciembre), en la cual se cubrió con el manto de la intrepidez la figura militar de Córdoba al dar el grito retumbante de *soldados: paso de vencedores!* y resplandeció por su pensamiento reflexivo, por su sangre fría, por su magnanimidad, el esclarecido Antonio José de Sucre, quien asombró al Virrey Laserna y a su pléyade de Generales peninsulares veteranos por su nobleza y cortesía.

Y todos estos hechos facilitaron al gran Bolívar el ascenso a las cumbres del argentado Potosí, como lo había soñado años atrás, la noche triste en que agobiado de penalidades salió del fango de la laguna de Casacoima y asentado en una piedra discurría, como un poseído de locura, sobre sus proyectos gigantescos acerca de la libertad del Nuevo Mundo, y a poco erigió en Nación independiente la región más encumbrada del Alto Perú, bajo la denominación de Bolivia.

Mas cuando todo esto se desarróllaba, al parecer, bajo el ala protectora de la Fortuna, el genio malhechor de la Discordia iba sembrando por todas partes funestas semillas que en breve empezaron a producir frutos amargos y deletéreos. Mal avenidos allende el Carchi y en otras regiones con la Constitución de Cúcuta, cundió el descrédito de este Estatuto; sobrevino en 1826 la insurrección del General Páez en Valencia; en Marzo de 1828 la instalación y fracaso de la Convención de Ocaña, de la cual se esperaba una Constitución más en armonía con la naturaleza y demás circunstancias del país; en Agosto el Decreto orgánico del Gobierno transitorio; la acentuada inquina entre bolivianos y santanderistas; el atentado tremendo de la noche septembrina; en 1829 la invasión peruana que sucumbió en Tarqui; la insurrección del General Córdoba en Antioquia que abrió la tumba del joven héroe de Ayacucho en el Santuario (17 de Octubre); y el proyecto de establecimiento de la Monarquía, elaborado por el Consejo de Ministros.

Y en pos de tantos actos de intranquilidad y desconcierto, surgió en Enero de 1830 la instalación del Congreso Constituyente, llamado Admirable por el Libertador, al verlo presidido por el Gran Mariscal de Ayacucho, según Bolívar, "el más digno de los Generales de Colombia".

La expedición de la nueva Constitución se hizo en el supuesto de que había de subsistir la Unión Colombiana, documento notable por su espíritu de moderación y de justicia, símbolo de transacción entre los dos bandos de bolivianos y constitucionalistas, y considerada por un comentador erudito y experimentado como D. José María Samper, como la obra de sabiduría política más notable que hasta entonces se había conocido en la América Española. En la elaboración del nuevo Estatuto intervinieron pensadores tales como el Mariscal Sucre y José Modesto Larrea, José Félix de Restrepo y Juan García del Río, Francisco Arañda y Alejandro Vélez, el Obispo Estevez y Juan de Dios Aranzazu. Mas cuando con tanto empeño se trabajaba en la preparación de tal documento para ofrecerlo a Venezuela y al Ecuador como prenda de estrecha unión que evitara la ruptura, ¿qué sucedía?

—Que ya el General Páez, declarado Jefe Supremo de Venezuela, había reunido un Congreso que decretó la definitiva separación de aquel país; y que en las regiones dominadas por las cumbres del Imbabura, el Pichincha y el Chimborazo y regadas por el Guayas estaba gestionando el General Juan José Flórez la erección del nuevo Estado del Ecuador.

El Libertador había instado a sus amigos del Congreso a que no pensaran más en él para regir la República, y ya supremamente acribillado en el cuerpo y con el alma cárcomida por honda decepción, abandonó la capital el 8 de Mayo, con el intento de trasladarse a Europa.

Mas al cabo de 8 meses la muerte le atajó el paso en el modesto albergue que le ofreció la generosidad de un caballero español en la Hacienda de San Pedro Alejandrino (17 de Diciembre).

Habíale precedido en el viaje a la Eternidad el magnánimo gran Mariscal de Ayacucho (el 4 de Junio) cuando cruzaba por la entonces selvática y tenebrosa montaña de Berruecos, en donde fue acribillado por balas asesinas, acontecimiento sugerido en los clubs de la Demagogia y que exacerbó soberanamente las pasiones de los bandos contendores y al cabo de diez años aún la mera elucidación del proceso criminal en averiguación de sus autores, contribuyó poderosamente a encender la hoguera de la guerra civil en la remota región de Pasto.

¿Y qué más? .

—Que cuando el nuevo Presidente legítimo D. Joaquín Mosquera apenas se había posesionado del Poder Ejecutivo, cayó en virtud de la insurrección del Batallón "Callao" (Agosto) y le sucedió un gobierno de hecho, presidido por uno de los militares más distinguidos de entonces y de los más adictos a la causa boliviana, el General Rafael Urdaneta, quien después de la defunción del gran caudillo de la Independencia y fundador de cinco Naciones, comprendiendo que si todavía podía contar con fuerza material con qué sostenerse le faltaba, por otra parte, el apoyo de la fuerza moral. ¿Cuál?—La de la opinión pública, considerando como tal la de la mayoría de la gente más visible del país por su ilustración, por su riqueza o por su posición social; de allí el haberse decidido el General Urdaneta a abandonar el campo antes que sostener

una campaña seguramente sangrienta y desastrosa, y en virtud del Convenio de 1831, celebrado en el sitio de Juntas de Apulo (con el río de Bogotá), tratado que no fue lealmente cumplido por sus adversarios, los Generales Obando y López, él, Urdaneta, tuvo la magnanimidad de dejar que se encargase del Poder Ejecutivo el Vicepresidente D. Domingo Caicedo, y sin tardanza se retiró a Venezuela, su tierra natal.

Disuelta de hecho, por ministerio de los acontecimientos, la Colombia soñada por Bolívar, sólo quedaba por legalizar la existencia de la Nueva Granada como Nación independiente, y la tarea de darle una Constitución correspondió a la llamada "Convención Granadina", cuerpo representativo de las provincias del Centro.

Y en el período siguiente de 88 años (1831 a 1919) ¿cómo se ha comprendido entre nosotros la misión de la Independencia?

—Como la materia es compleja y muy ardua, bastará apuntar el hecho de que insignes estadistas han cooperado, ya en un sentido, ya en otro, a la obra de la consolidación de la Independencia, en la organización del poder civil y en el funcionamiento del régimen representativo, pues generalmente se le ha temido en este país, al régimen del sable, que ha surgido casi siempre del fondo tenebroso de la anarquía; que no obstante los obstáculos provenientes de causas múltiples se ha venido bregando por llegar al imperio del orden fundado en principios de razón y de justicia. Entre los obstáculos que se han opuesto al desarrollo regular de este plan, hay que apuntar los procedentes de una población de razas y tendencias no poco heterogéneas, desparramada en un vastísimo territorio y por cierto de complicadísima naturaleza física: altísimas cimas, en parte coronadas por el nimbo de nieve, faldas abruptas y casi verticales; valles profundos y más o menos estrechos, ríos que surcan y riegan dilatadas llanuras de climas ardientes o abundantes en plagas hostiles a la gente habituada a las comodidades de la vida civilizada, y al beso con el uno y el otro mar, extensos litorales, muy exhaustos de vehículos apropiados para el comercio y para la defensa del país. Añádanse a esto las circunstancias en que aquella población ha vegetado.

La lucha de los partidos que por muchos años tuvieron por enseña en su bandera, el uno *Federación*, que prácticamente significó entre nosotros desunión y separatismo, y los otros *Centralismo*, forma que al exagerarla conduciría a la anemia de las secciones y al entronizamiento de un poder sobrado peligroso y abusivo, el del Cesarismo Irresponsable, parece que tras tantas vicisitudes se ha venido a parar, por vía de transacción, en el implantamiento de una forma de gobierno combinada en que el poder central conserva las facultades necesarias para atender a la conservación del orden público y al manejo de las relaciones Exteriores, y se deja a los Departamentos la facultad y los medios necesarios para sostener con sus propias rentas los ramos interesantes para el desarrollo de su adelanto y prosperidad. Y al lado de la entidad del Departamento funciona el Municipio, práctica y regularmente si por su importancia, esto es por su población, por su riqueza, el grado de instrucción y demás circunstancias locales tiene razón de ser; y en cuanto a los Municipios deficientes por su escasa población, por su pobreza de industria efectiva y de munícipes competentes para la ordenada dirección de lo procomunal, como hay muchos, ¿qué convendría que hiciese el Legislador?—Sin duda, eliminarlos y agregar sus territorios a los Distritos congruos de la vecindad.

En materia de *los principios morales* que han de servir de base a un Estado bien constituido ¿qué ha sucedido?—Que desde tiempos de la primera Colombia pretendió enta de ciudadanía en los colegios universitarios, como si fuese doctrina sana y admisible, el viejo sistema utilitario, herencia y carcoma de los Estados del paganismo, incompatible con el criterio de la justicia, contra el cual alzaron la voz en la cátedra, en la tribuna parlamentaria y en la prensa egregios patricios de la talla de Joaquín Mosquera y José Eusebio Caro, Mariano Ospina Rodríguez, Miguel Antonio Caro y Ricardo de la Parra, todos ellos beneméritos de la enseñanza espiritualista.

Filosofía de la Historia.—En un país como el nuestro, tan trabajado por el oleaje de las controversias ardientes y tan expuesto a las sugerencias de una prensa muy dada al apasionamiento y a veces a la procacidad, no ha sido raro el tránsito del campo de la oposición ira-

cunda a los actos de rebelión. De allí la tendencia de los bandos contendores, durante muchos años, a decidir de la suerte del país en los campos de batalla, teatro donde se ha consumido mucha sangre generosa, gran caudal de fuerza intelectual y de riqueza material, elementos que en la obra pacífica de la civilización habrían podido ser notablemente provechosos. En el escalafón de las contiendas civiles más largas y desastrosas figurarán las de 1840, 1860 y 1899, sin contar otras no menos ruinosas, pero más breves, como las de 1851, 54, 76, 85 y 95 y la serie de combates de la época de la Federación, que tenían por teatro determinadas regiones denominadas Estados.

¿Se habrá puesto ya punto final a las guerras civiles? El escarmiento de tantos eclipses de la civilización, de tantas calamidades, que han conducido el país, en ocasiones, al abismo de la supresión de la nacionalidad, ¿habrá sido suficiente para evitar las recaídas?

—Parece que así lo piensan hoy muchos ciudadanos sensatos pertenecientes a diferentes banderías políticas muy opuestas, como lo pregonaba en vísperas de su muerte el activo batallador que se llamó Rafael Uribe Uribe, quien aludiendo al pasado, nos dijo: “Sí señor, todos nos tenemos que modificar a ese respecto y buscar la mejora de la Patria por otros medios..... so pena de desaparecer como Nación independiente.....” (Prolongados aplausos).

Bajo el influjo bienhechor de la paz, con la colaboración eficaz de la Iglesia y de muchos ciudadanos distinguidos, la paz ha venido venciendo obstáculos en los últimos diez y ocho años y allanando resistencias, bajo la dirección inteligente de estadistas ilustrados y de recta intención, a cuyo rededor han puesto sus capacidades y esfuerzos al servicio de la República, individuos de opuesta filiación, ya en las Cámaras, ya en el Ministerio, quienes por todos conceptos habrían parecido unos 20 años atrás como enemigos personales e irreconciliables.

Y hoy, a pesar de los enormes trastornos producidos en la Hacienda Pública y en los negocios en general, por consecuencia de la gran convulsión europea y mundial de los últimos cinco años, ¿no es evidente la reanimación de los negocios agrícolas y mercantiles y del espíritu de empresa en general; que la Instrucción Pública y las vías de

comunicación son atendidas y reciben constante impulso así como lo relativo a la comodidad, higiene y ornato de las ciudades y caseríos, que el barniz de la cultura y la sociabilidad trata de extender su acción bienhechora, todo en proporción con los recursos pecuniarios disponibles?

Y si el progreso social no avanza con la rapidez deseada por escritores visionarios, acaso injustos con los gobernantes (a quienes acusan de poltrones o ineptos) y demasiado exigentes en sus pretensiones, ¿no es evidente que la República ha ganado terreno, que las garantías individuales aprovechan por igual a los miembros de los diferentes partidos, que la paz se afirma y la Nación se encuentra felizmente en vía de adelanto y prosperidad?

A este respecto me permito recordar el juicio que, acerca de nuestra tierra, emitió, hará unos 15 ó 18 meses, un viajero europeo que antes de venir aquí había visitado el Brasil, la Argentina y Chile y leyendo en algunos de nuestros diarios opositoristas varios conceptos muy exagerados y depresivos para nuestro Gobierno, exclamó:

“Yo no entiendo en qué base de razón y de justicia se apoyan estos escritores para hablar así del Gobierno Colombiano. He recorrido otros países de Sur América, de los más renombrados por su adelanto entre los del Continente, y al pisar a Colombia me ha parecido hallar en ella no poca seguridad social, facilidad de viajar sin necesidad de pasaporte, los caminos, aun los de montaña, exentos de cuadrillas de malhechores, buena moneda en los mercados, el talón de oro, a tiempo que los demás Gobiernos han aumentado considerablemente sus impuestos y aun apelado al papel moneda. Este Gobierno relativamente moderado y suave, que se deja escarnecer por una prensa llevada en ocasiones a la procacidad y al libertinaje, ¿a quién persigue por sus opiniones políticas o por sus creencias religiosas? ¿a quién excluye del goce de los derechos civiles o del ejercicio del derecho electoral? ¿Aquí no escriben todos en los periódicos cuanto les ocurre? ¿Dónde están el despotismo y la tiranía?—Yo no los veo”.

Es evidente que las mismas luchas y los desastres recíprocamente sufridos en las antiguas contiendas, han

contribuido a modificar a los conductores de los partidos, con algunas excepciones, y a educarlos mejor para entenderse en sus necesarias relaciones tratándose con más consideración y respeto, sin mengua de sus principios característicos, y sin exponer la causa de la paz, para todos necesaria, a los azares de la revuelta.

Si esta enseñanza la hubiéramos tenido desde que se constituyó el Estado de la Nueva Granada, al sucumbir la primera Colombia; si desde entonces los conductores políticos hubieran poseído la tranquilidad de juicio, la previsión, la tolerancia y la mesura que son menester en el circo de la discusión política y hubieran confiado más en el lento influjo de las ideas y en la reacción que en la opinión pública suele operarse, ¿cuántas perturbaciones del orden público, cuántas guerras y desastres habríamos evitado? y por este mismo camino ¿cuántas rectificaciones de rumbo en provecho de la justicia se habrían conseguido pacíficamente? ¿Cuántos progresos naturales, sólidos y duraderos, se habrían podido realizar?

—¡He aquí unos puntos de meditación dignos de la atención de los colombianos!

E. GÓMEZ BARRIENTOS

